

El centenario del padre Las Casas (1474-1566)

Escribe: FRAY JOSE MA. AREVALO, O. P.

El mundo hispanoamericano se está preparando para celebrar un acontecimiento histórico de inobjetable trascendencia: el cuarto centenario de la muerte de Fray Bartolomé de Las Casas.

Queremos ante todo desvanecer una confusión muy común aun entre personas leídas. Hubo en América dos dominicos españoles, celeberrimos por su obra legendaria en el siglo XVI. El uno es padre espiritual de Colombia, su primer misionero y apóstol; él fue quien elevó por primera vez la hostia consagrada en la Sabana de Bogotá ante el aturdimiento de los indios y el fervor de las huestes españolas. Ese dominico ilustre se llamaba Fray Domingo de Las Casas, quien después de haber compartido las penalidades y triunfos de la expedición de Jiménez de Quesada, regresó a España en 1539 y murió en el convento de San Pablo de Sevilla en 1544. Este insigne personaje tiene su historia propia y su gloria peculiar y no debe confundírsele, como acontece a veces hasta en obras de historia, con Fray Bartolomé de Las Casas, o Casaus, Protector de los indios y Padre de América.

Consideramos que es deber de gratitud, amor a la raza y devoción por los valores eternos el llamar desde ahora la atención sobre tan memorable acontecimiento e interesar a las entidades oficiales, a las academias y a todos los centros de cultura en lo que tiene de trascendente el centenario de la muerte del padre Las Casas. El protector de los indios batalló cincuenta años en favor de los nativos de América con más solicitud, con más arrojo y desinterés que cualquier prócer a quien se le consagran estatuas, avenidas y monumentos. La semilla de la libertad que dio sus frutos en el siglo XIX la había esparcido el padre Las Casas a todo lo largo y ancho de las Indias Occidentales tres siglos antes. Por eso se le ha llamado con justicia el Padre de América. La obra del padre Las Casas no fue flor de un día ni se circunscribió a determinado rincón americano: su acción llena las páginas de toda nuestra historia y su influencia benéfica se dejó sentir en los nativos todos del dominio español para luchar y sufrir por ellos. "Parece —escribía el padre Las Casas— que Dios me

ha dado por oficio llorar siempre duelos ajenos, los cuales, cierto, no me duelen menos que si fueran propios”.

Creemos llegada la ocasión, en este centenario, de satisfacer en mínima parte los deseos que tuvo el Libertador de honrar debidamente al padre Las Casas. “El más ilustre de los sevillanos y el más genial de los españoles”, nacido en 1474 y muerto el 18 de julio de 1566 en el convento de Nuestra Señora de Atocha, de Madrid, tuvo un lugar de predilección en el corazón de Bolívar. Y no podía ser de otra manera: ambos vivieron los mismos ideales, soñaron en la misma América grande y libre y sobrellevaron iguales padecimientos, los de la incompreensión, la persecución y la calumnia, por realizar los mismos anhelos. Desde 1815 esbozaba el Libertador el proyecto que acarició siempre y que no llegó a granazón; a propósito escribía: “La Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan a convenirse en formar una república central, cuya capital sea Maracaibo, o una nueva ciudad que, con el nombre de *Las Casas*, en honor de este héroe de la filantropía, se funde entre los confines de ambos países”. En otras páginas menciona Bolívar al protector de los indios y le llama “el filantrópico obispo de Chiapa, el apóstol de América” y llega a confesar que “todos los imparciales han hecho justicia al celo, verdad y virtudes de aquel amigo de la humanidad que con tanto fervor y firmeza denunció

ante su gobierno y contemporáneos los actos más horrorosos de un frenesí sanguinario”.

Y no se crea que son de ayer o se limitan al pasado exclusivamente los elogios a Fray Bartolomé de Las Casas. Hace apenas dos años apuntaba el connotado historiador Alberto Mario Salas: “Las pocas y tan bien puestas ideas del padre Las Casas eran nada menos que los corolarios de una fe ortodoxa y pura: la igualdad del hombre, la convicción de su perfectibilidad, la negación de toda violencia y su repudio a la crueldad: su afirmación, en fin, frente a la conquista marcial, de que el único modo posible de atraer a los pueblos a la fe de Cristo era la observancia de una conducta cristiana”. El 20 de octubre de 1916, el papa Benedicto XV manifestaba en carta al maestro general de la Orden de Predicadores: “Preclarísimos en los anales de la historia dominicana son los nombres de Luis Beltrán y Bartolomé de Las Casas, el primero de los cuales, con el esplendor de las virtudes y la magnitud de los milagros, renovó el ejemplo de los apóstoles, y al segundo, no solo por haber libertado a los indígenas del satánico yugo sino por haberlos protegido contra el despotismo y la injusticia de amos perversos, se le cuenta con honor entre los vengadores de la dignidad humana”. Y en el siglo XVI, blanda todavía la tierra que guardaba los despojos del padre Las Casas, cantaba en sus *Elegías* don Juan de Castelanos:

*“Hubo por estas partes y regiones
un clérigo bendito, reverendo,
testigo de muy grandes sinrazones,
a quien Dios levantó, según entiendo,
por favorecedor destas naciones;*

*Bartolomé Casaus se decía,
padre desta moderna monarquía,
cuyo nombre merece ser eterno
y no cubrirse con oscuro velo,
pues procuró de dar tan buen gobierno
a los conquistadores deste suelo,
que sacó muchas almas del infierno
a la contemplación del alto cielo...
El fue quien descubrió la gran solapa
de males hechos en aquesta gente,
defensor fuerte, protector y capa
de los bárbaros indios de Occidente;
siendo después obispo de Chiapa
acabó su carrera santamente,
y en Indias el protervo y el sencillo
tienen justa razón de bendecillo”.*

Elogios tan altos y de tan diverso origen están indicando que Fray Bartolomé de Las Casas pertenece al número de los claros varones. Fecha propicia para recordar sus méritos y alabarlos es la del próximo centenario de su muerte. A ello

están invitados los amantes de la historia, los que se desvelan por la cultura de los pueblos y las entidades oficiales y academias, encargadas de mantener vivo el amor a la patria y a sus servidores entre los ciudadanos.